

consideran la religión como la base del orden público. Y es que ellos son también hombres públicos empeñados en la acción, partícipes del gobierno, instruidos por la experiencia personal y diaria. La práctica les ha prevenido contra las quimeras de los teóricos; han experimentado por sí mismos cuán difícil es dirigir y contener á los hombres. Habiendo manejado la máquina saben cómo anda, lo que vale, lo que cuesta y no se sienten inclinados á arrinconarla para encajar otra que se dice es superior pero que aún no existe sino en el plano. El baronet ó el squire que es *justicia* en su dominio, no tiene dificultad en buscar en el ministro de la parroquia á su colaborador indispensable y su aliado natural. El duque ó el marqués que se sientan en la Cámara Alta, al lado de los obispos, tienen necesidad de sus votos para que se apruebe un bill, y de su asistencia para reunir á favor de su partido los quince mil curas que disponen de los votos rurales. Así, todos tienen la mano sobre alguna rueda social grande ó pequeña, principal ó accesoria, lo cual les comunica la gravedad, la previsión y el buen sentido. Cuando se opera sobre las cosas reales no hay inclinación á cernerse en el mundo imaginario; por lo mismo que se está trabajando sobre tierra firme hay repugnancia á los paseos acres en el espacio vacío. Cuanto más ocupado se está, menos se sueña, y para los hombres de negocios la geometría del *Contrato social* no es más que un simple juego de la imaginación pura.

II

Todo lo contrario sucede en Francia: «Llegué á ella en 1774, dice Stendhal en su *Roma, Nápoles y Florencia*, 371, después de salir de casa de mi padre que no volvía nunca del Parlamento, hasta las tres de la madrugada, á quien veía yo ocupado toda la mañana en la corrección de las pruebas de sus discursos para los periódicos, y que después de abrazarnos á la carrera y con aire distraído corría á un banquete político. En Francia hallé á los hombres de la primera nobleza gozando de la más grata ociosidad. Veían á los ministros, pero para dirigirles galanterías y recibir respetos en cambio; en todo lo demás eran tan ajenos á las cuestiones de Francia como á las del Japón,» y todavía más ajenos á las cuestiones locales que á las generales, y sin conocer á sus labriegos, sino por las cuentas de su administrador. Si alguno de ellos iba con el título de gobernador á alguna provincia, era como hemos visto por pura apariencia; mientras el intendente admi-

nistraba, él figuraba con gracia y magnificencia, tenía recepciones, daba convites. Recibir, convidar, entretener agradablemente á sus huéspedes, hé ahí, todas las ocupaciones de un gran señor; por esta razón, el gobierno y la religión no son más que asunto de pasatiempo para él. Por otro lado, la conversación tiene lugar entre él y sus iguales, y entre gente de buena sociedad se tiene derecho á decirlo todo. Añádase, que la máquina social gira por sí misma, como el sol, desde tiempo inmemorial, en virtud de su propia fuerza; ¿se la podrá trastornar con frases de salón? De todos modos, no es él quien las dirige; no es responsable de lo que haga. Por eso no hay segunda intención inquieta ni preocupaciones melancólicas. Ligeramente, atrevidamente, marcha tras la huella de los filósofos; separado de las cosas, puede dedicarse á las ideas, á cierta diferencia como el hijo de familia que saliendo del colegio se ampara de un principio, saca sus consecuencias y se forma un sistema sin preocuparse de sus aplicaciones (1).

Nada más grato que este fervor especulativo. La imaginación se remonta sobre las cimas como si tuviera alas; con una ojeada abarca los más vastos horizontes, toda la vida humana, toda la economía del mundo, el principio del universo, religiones, sociedades. Así también, ¿cómo departir si uno se abstiene de la filosofía? ¿Cómo se entiende que haya un círculo en que no se admitan la alta política y la crítica superior? ¿Y qué causa puede reunir á la gente de talento como no sea el deseo de tratar reunida las mayores cuestiones? Hace dos siglos que la conservación trata de todo eso en Francia, por esta razón tiene tantos atractivos. Los extranjeros no resisten á ese atractivo; nada semejante tienen en su país; Lord Chesterfield, la propone como ejemplo: «Siempre versa, dice, sobre algunos puntos de historia, de crítica y hasta de filosofía que son más propias de seres racionales que nuestras disertaciones inglesas sobre el tiempo y sobre el whist.» Rousseau, tan gruñón, confiesa «que un artículo de moral no se discutiría mejor en una sociedad de filósofos que en el de una belleza de París.» Ciertamente se charla en ellas, pero en lo mejor de la charla, «que un hombre de peso enuncie una proposición grave, ó agite una cuestión seria, y la atención empieza á fijarse en este nuevo asunto; hombres, mu-

(1) Morellet, *Memorias*, I, 139, (sobre los escritos y conversaciones de Diderot de Holbach y de los ateos). «Todo entonces parecía inocente en aquella filosofía encerrada en la esfera de las especulaciones, y que en sus más grandes atrevimientos no buscaba más que un ejercicio apacible de la imaginación.»

jes, ancianos, juvenes, todos se prestan á examinarla por todas sus fases y se queda uno admirado del buen sentido y de la inteligencia que salen como á porfía de esas locas cabezas.» A decir verdad, en esa fiesta permanente que se da á sí propia esta brillante sociedad, la filosofía es el asunto principal. Sin la filosofía, la broma ordinaria sería sosa. Es una especie de ópera superior en la que desfilan y se chocan unas veces en traje serio y otras en disfraz conciso, todas las grandes ideas que pueden interesar á una inteligencia pensadora. La tragedia de la época casi no difiere de esta sociedad como no sea en que siempre tiene el aspecto solemne y en que se representa en el teatro; la otra toma todas las fisonomías y se halla en todas partes puesto que en todas se habla. No se puede comer ni cenar donde no tenga ella su sitio. Se está en la mesa en medio de un lujo delicado, entre mujeres sonrientes y adornadas, con hombres instruidos y amables, en una sociedad escogida cuya inteligencia, es rápida y el comercio seguro. Desde el segundo plato el numen hace explosión, las ocurrencias estallan, las imaginaciones, despiden llamas ó chisporrotean. ¿Puede excusarse uno de tratar con chiste los asuntos más graves así que llega á los postres? Con el café viene la cuestión de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios.

Para concebir esta conversación atrevida y encantadora, necesitamos leer las correspondencias, los pequeños tratados, los diálogos de Diderot y de Voltaire, todo lo que hay de más vivo, de más fino, de más agudo y de más profundo, en la literatura del siglo; y todavía eso no es más que un residuo, una muerta ruina. Toda esta filosofía escrita, se ha hablado, y se ha hablado con el acento, la alegría, la naturalidad inimitable de la improvisación, con el gesto y la impresión movible de la malicia y del entusiasmo. Ahora, enfiada y en el papel, arrebatada y seduce aún; ¿cuál debía ser cuando salía vibrante y viviente de la boca de Voltaire y de Diderot? Cada día había en París cenas como la que describe Voltaire en las cuales «dos filósofos, tres señoras de talento, M. Pinto, célebre judío, el cura de la capilla reformada del embajador batavo, el secretario del príncipe de Galitzin, del rito griego, un capitán suizo y calvinista,» reunidos al rededor de la misma mesa, cruzaban durante cuatro horas sus anécdotas, sus rasgos de ingenio, sus observaciones y sus juicios sobre todos los «objetos curiosos, científicos y de gusto.» En casa del barón de Holbach, llegaban sucesivamente los extranjeros más literatos y notables, Hume, Willkes, Sterne, Beccaria, Veri, el aba-

te Galiani, Garrick, Francklin, Priestley, Lord Shelburne, el conde de Creutz, el príncipe de Brunswick, el futuro elector de Mayenza. Para formar el cuadro de sus reuniones, el barón tenía á Diderot, Rousseau, Helvétius, Duclos, Saurin, Raynal, Suard, Marmontel, Boulanger, el caballero de Chastellux, La Condamine el viajero, Barthéz el médico y el químico Rouelle. Dos veces por semana, jueves y domingo, «sin perjuicio de los otros días» se come en su casa á las dos según la costumbre, costumbre significativa que guarda para la conversación y el chiste toda la fuerza del hombre y las mejores horas del día. En aquel tiempo no se destierra la conversación á las horas avanzadas y nocturnas; no hay como ahora necesidad de subordinarla á las exigencias del trabajo y del dinero, de la Cámara y de la Bolsa; conversar es la gran ocupación. «Llegados á las dos, dice Morellet en sus *Memorias*, todavía continuamos allí casi todos de siete á ocho de la noche... Allí es donde debía escucharse la conversación más libre, animada é instructiva que haya podido oírse jamás... No hay atrevimiento político ni religioso que no tuviera discutiendo su *pro* y su *contra*... A veces era uno solo el que exponía pacíficamente su teoría sin que fuese interrumpido... Otras veces había un combate singular en toda forma, al cual asistía como espectador el resto de la reunión. Allí es donde oí exponer á Roux y Darcet, su teoría de la tierra, á Marmontel los excelentes principios, que reunió después en los *Elementos de la literatura*, á Raynal como explicaba por libras sueldos y dineros el comercio de los españoles en Vera-Cruz, y el de los Ingleses en sus colonias,» como Diderot improvisaba sobre las artes, la moral y la metafísica con aquel calor incomparable, aquella superabundancia de expresión, aquella inundación de imágenes y de lógica, aquella fortuna de estilo, aquella mímica que sólo á él pertenecen y de las que sólo tres ó cuatro de sus escritos pueden darnos una pálida idea. En medio de ellos, el secretario de embajada de Nápoles, Galiani, un pequeño enano de genio, especie de «Platon ó de Maquiavelo con el numen y el gesto de un arlequín» inagotable en sus cuentos, bufón admirable, escéptico perfecto «sin creer nada, ni en nada,» ni aún en la nueva filosofía, desafía á los ateos de la reunión, rebate sus ditirambos con equívocos, y con su peluca en la mano, las piernas cruzadas sobre el sillón en que se encarama, les demuestra con un apólogo cómico que ellos «razonan ó resuenan, sino como cántaros, por lo menos como campanas» y siempre casi tan mal como teólogos. «Era, dice un oyente, lo más agudo que pue-

de darse; valía tanto como el mejor de los espectáculos y como la mejor de las diversiones.»

¿Qué medio hay de no solicitar la gente que charla bien, entre nobles que pasan la vida charlando? Tanto valdría prohibir á sus mujeres, las cuales van cada noche al teatro y representan la comedia á domicilio, que no atrajeran á su casa á los actores y cantantes de fama, Jelyotte, Sainval, Prèville, el jo-

ven Molé, el cual estando enfermo y necesitando sustancias nutritivas «recibe en un solo día dos mil botellas de vinos de todas clases, regalados por diferentes señoras de la Corte;» la señorita Clairon, que arrestada en For l'Evêque, atrae allí «una afluencia prodigiosa de carrozas» y reina sobre la mejor sociedad en la mejor habitación de la cárcel, como atestigua Bachaumont III, 93, y II, 202. Cuan-



Los convulsos del cementerio de San Medardo (1)

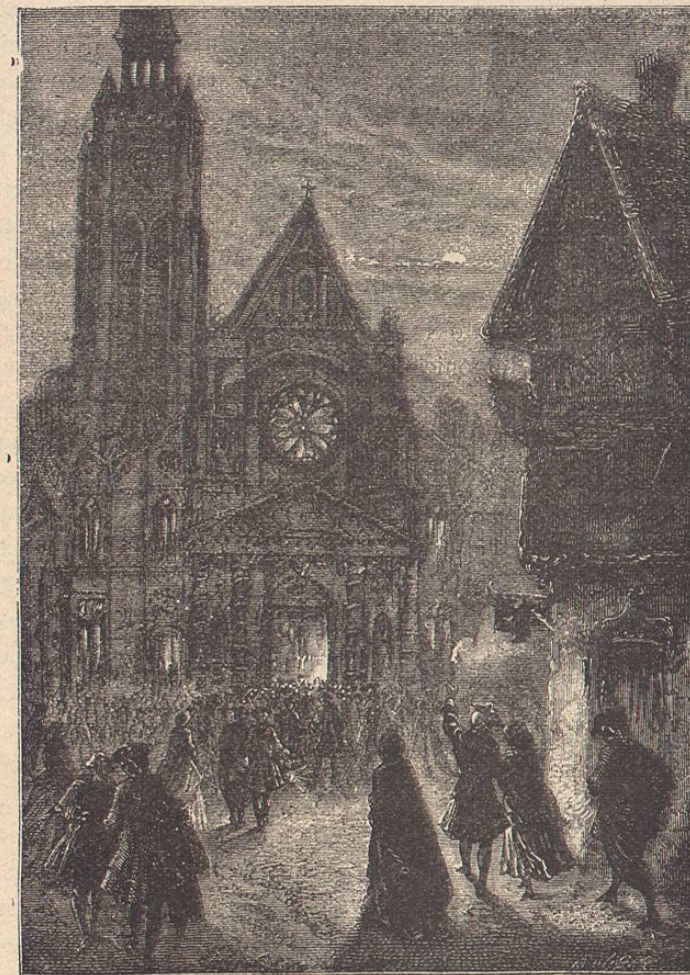
do se toma la vida así, es en un salón, tan necesario un filósofo con todas sus ideas como una araña con todas sus luces. Forma parte del nuevo lujo; se le exporta. Los soberanos en medio de su magnificencia y de su mayor auge, llámanle á su casa para gustar una vez en la vida el placer de la conversación libre y perfecta. Cuando llega Voltaire á Prusia, Federico II, pretende besarle la mano, le adula como á una querida y más tarde, después de una multitud de mutuos arañazos, no puede pasar sin hablar con él por correspondencia. Catalina II, manda á buscar á Diderot y durante dos ó tres horas juega diariamente con él el gran juego de la inteligencia. Gustavo III, en Francia, es íntimo de Marmontel y recibe

como un honor insigne una visita de Rousseau. Se dice de Voltaire, con exactitud, que tiene en su mano «su tute de reyes,» Prusia, Suecia, Dinamarca y Rusia, sin contar las cartas secundarias, príncipes y princesas, grandes duques y margraves que tiene en su juego. El papel principal en esa sociedad corresponde de una manera visible á los escritores; nadie se ocupa más que de sus hechos y de sus gestos; nadie cesa de prestarles homenaje. «Aquí, escribe Hume á Robertson como puede verse en el *Cuadro de la literatura del siglo XVIII*, por Villemain, no me alimento más que de ambrosía, no bebo más que nectar; no respiro más que incienso, ni ando sino sobre flores. Todos los hombres que

(1) Cuando la autoridad intervino para poner término á la farsa, apareció en la puerta del establecimiento la siguiente inscripción:
De part le Roi: defense á Dieu
De faire miracle dans ce lieu.

encuentro y más aún todas las mujeres creerían faltar al mayor de los deberes si no me dedicaran un largo é ingenioso discurso en honor mío.» Cuando fui presentado en Versalles, los futuros reyes Luís XVI de diez años de edad, Luís XVIII que contaba ocho y Carlos X que no alcanzaba más que

cuatro, le dirigieron cada uno de por sí un cumplido referente á su obra. No necesito relatar el regreso de Voltaire ni su triunfo, yendo á recibirle la Academia en cuerpo, con su carruaje detenido por la multitud, las calles atestadas, las ventanas, escaleras y balcones cargados de admiradores, en el teatro, un



El pueblo acude por la noche á las iglesias á rezar por la salud de Luís XV

público delirante que no cesa de aplaudir, tuera de él un pueblo entero que le acompaña entre vivas, en sus salones una afluencia tan continua como en el palacio real, grandes señores apretados contra la puerta y alargando el oído para percibir una de sus palabras, grandes señoras en pié y empinándose de puntillas, espiondo su más insignificante ademán. «Para concebir lo que experimentaba, dice uno de los espectadores, sería menester estar en la atmósfera en que yo vivía; era la del entusiasmo. Yo le hablé» esta sola palabra convertía entonces en un personaje al primero que llegaba. En efecto, había visto al maravilloso director de orquesta que hacía cincuenta años dirigía el baile, remolido de ideas

graves ó semi-desnudas y que, siempre en escena, siempre en primera línea, conductor reconocido de la conversación universal, suministraba motivos, daba el tono, marcaba el compás, imprimía el esfuerzo y daba la primera nota de violín.

III

Obsérvense los gritos que le acogen: «Viva el autor de la Enriada, el defensor de los Calas, el autor de la *Doncella*.» Nadie, hoy, daría el primer bravo, ni mucho menos, el último. Esto nos indica la inclinación del siglo. Entonces se pedían á los autores, no ya pensamientos tan sólo, sino pensamientos de opo-